

## Las bibliotecas en que habito

Joseba DE LA TORRE\*

**L**o desconozco casi todo sobre el oficio de bibliotecario; he tenido mejor fortuna con algunos librereros. En cualquier caso, después de más de media vida entre papeles, libros y legajos, no me cuesta nada reconocer que, sin el auxilio de unos y otros, mi desempeño como historiador de la economía hubiese sido más proceloso. Más dubitativo. Menos ilustrado. Y no necesariamente siempre por el contacto directo inquiriendo por tal y cuál otra novedad editorial, o por aquel clásico desaparecido entre anaqueles. No. Porque la sombra del bibliotecario, como la del ciprés en un claustro románico, es alargada. Cobija al investigador poniendo orden clasificatorio y lexicográfico en un océano de fuentes bibliográficas, primarias y secundarias, para ir trazando una ruta indagatoria que uno intuye dónde empieza, pero en la que nadie sabe cómo llegará a su Itaca particular. La brújula del bibliotecario, o la linterna del archivero, son herramientas de supervivencia.

Y es que el oficio de historiador, a su vez, está plagado de peripecias en esas dependencias abiertas al público. En mi caso, comencé expurgando los ficheros de la Biblioteca General de Navarra, en la plaza de San Francisco, algunos escritos a mano, otros, la mayoría, mecanografiados. Se trataba de saber algo más sobre los lugares comunes de la historia universal y de alguna de sus infamias, rodeado de estudiantes de bachillerato repasando apuntes y de jubilados consultando el Espasa o viejas ediciones del *Diario*. Ni siquiera había fotocopiadora. Más tarde, las bibliotecas universitarias de Pamplona y Barcelona, modernas y luminosas, fueron el embrión profesional de objetivos mejor nervados. El espacio desarrollista que acogía a los libros en la universidad de Bellaterra contrastaba con la rotundidad de la arquitectura gótica en la Ardiaca, junto a la catedral, y en la Biblioteca General de Cataluña, en pleno Raval barcelonés, en un ambiente cenital y con un mobiliario todavía decimonónico, ajeno a la bullanga del exterior.

Mientras tanto, comenzaron las pesquisas en librerías de viejo, tan abundantes en el Eixample y en el barrio Gótico, y las visitas semanales a las librerías al uso, en las que el recién licenciado buscaba el gemelo del parnasillo pamplonés. Roto el hielo, había que tejer una red de confianza mutua con archiveros y bibliotecarios que se convertía en pieza inexcusable para el éxito razonable de lo más inmediato, acumular un caudal de lecturas que permitiesen pasar del simple estado de la cuestión a la creación de hipótesis lo suficientemente innovadoras como para merecer el interés de tus maestros y, además, la financiación para sobrevivir como becario (sin derecho a seguridad social —hubo tiempos aún más precarios—) y, entre otras cosas, poder seguir comprando libros.

41

---

\* Catedrático de Historia e Instituciones Económicas. Universidad Pública de Navarra

Más adelante, los vericuetos del investigador y algunos azares de la carrera académica me han ofrecido el privilegio de frecuentar bibliotecas en Madrid (fantástica Biblioteca Nacional, exquisita Biblioteca del Banco de España), Londres (la vieja y mítica British Library, en la que escribió Marx, y la nueva, de horroroso estilo funcional diseñado tras consulta a los usuarios —vaya ocurrencia—), París (la acogedora y afable Maison des Sciences de l'Homme frente a la faraónica y agotadora BNF-site Mitterand), Roma (la felliniana biblioteca del Ministerio de Exteriores), de nuevo Barcelona (espectral e imponente biblioteca de la Pompeu Fabra bajo una gigantesca bóveda de aljibe), Florencia (la biblioteca del Instituto Europeo, en medio de un paisaje renacentista capaz de inocular el síndrome de Stendhal) o Berlín (en una fugaz visita a la Humboldt Universität). En cuanto a los archivos, la nueva arquitectura no siempre ha mejorado lo que ya había resuelto la de finales del siglo XIX, la ordenación eficaz, la clasificación rigurosa y el estudio enciclopédico en el gran depósito de la documentación histórica, de los orígenes medievales a la eclosión del Estado contemporáneo.

Lo siento, pero siempre preferiré el viejo archivo de diputación al estilo monacal del nuevo recipiente. Con toda seguridad, por algunas de las personas que trabajaban en él y sin cuya colaboración y entrega, rescatando fuentes y ofreciendo pistas documentales inéditas, nuestras tesis doctorales se hubiesen demorado años. La ventaja de ubicarse estas salas de consulta de libros y papeles en el casco histórico de las ciudades es que siempre habrá un café próximo en que recuperar el aliento y compartir —ahora ya no entre el humo de cigarros— ideas y proyectos con nuevos colegas que, en algunos casos, incluso llegaron a ser amigos.

42

Todo lo contrario a esa manía que ha proliferado en Francia de resituar los archivos en la periferia del gran París, en inmensos hangares tan tecnificados como fríos. O, hay que decirlo, como ha sucedido con nuestra impecable nueva Biblioteca de Navarra, construida en los antiguos trigales entre Mendabaldea y Barañáin, tan lejos del centro.

He de admitir que mi productividad como lector impenitente y rescatador de novísimas fuentes para campos de conocimiento poco transitados mejoró cuando me convertí en un exfumador. Pero sobre todo nada hubiese sido lo mismo para bibliotecarios e historiadores (o para cualquier otro científico social) en ausencia del gran cambio tecnológico al que hemos asistido entre finales del siglo XX y la actualidad. Las llamadas nuevas tecnologías de la información han revolucionado nuestros sistemas de trabajo, siendo una de las claves el acceso a la información en cantidad y calidad y en tiempo real. Los contenedores del saber escrito han desbordado nuestra capacidad de ordenar y administrar el nuevo caudal de información. Hemos evolucionado de las fichas manuscritas pacientemente a lápiz, a la digitalización de las fuentes que guardamos en una nube informática y que podemos consultar en una tableta en las horas muertas de un viaje en tren o en avión, a miles de kilómetros de casa. Y para navegar con riesgos mínimos de naufragio los investigadores hemos precisado del nuevo chamán tecnológico, el encarnado en el bibliotecario, depositario de la sabiduría escrita en diversos soportes, suministrador de fuentes de información esparcidas en el ciberespacio, ágil gestor del préstamo interbibliotecario, capturador instantáneo de artículos que antes hubiésemos tardado semanas en conseguir o, sin más, no hubiésemos sabido de su existencia. Lejos de la pesadilla ludita, la revolución tecnológica ha convertido al ejército de bibliotecarios en

imprescindible. Los historiadores trabajamos sin duda mejor ahora que en el pasado, sometidos —eso sí— a un continuo reciclaje en el manejo de los artefactos.

Y a lo largo de todo este tiempo, la historiografía económica en Navarra si ha hecho algo ha sido, primero, homologarse con renovación emprendida por los historiadores en España desde los años setenta, y, al unísono, incardinarse con algunas de las grandes líneas del análisis histórico desarrolladas en Europa. Lo cual no es poco para el escaso número de historiadores económicos en esta Comunidad Foral. Al menos hasta el momento presente hemos contado con un soporte institucional sin el que esa aventura de ponerse “a la hora europea” difícilmente hubiese sido posible. Y si pensamos no en el lector profesional de historia, sino en el ciudadano que ama los libros de historia y trata de comprender los problemas reales de los hombres y mujeres de este convulso mundo local y global en que vivimos, mi recomendación es volver a los clásicos, a nuestros maestros. Una biblioteca que se precie ha de contar con alguna de las obras de Josep Fontana, ejemplo diáfano de que el historiador ha de ser la conciencia crítica de la sociedad en que vive. Algo tan remoto que ya en el siglo IV a.c. simbolizó Diógenes de Sinope, caminando por las calles con una linterna encendida “buscando hombres” honrados. La linterna del bibliotecario, la pesquisa del historiador.